

LAS LÁGRIMAS DE SIÓN

La opinión pública europea y estadounidense recibe la información del desarrollo de los acontecimientos en Israel por medio de un grupo selecto de portavoces, cuyas voces se escuchan una y otra vez. Se presentan a sí mismos como la oposición ilustrada frente a los prejuicios mayoritarios, como críticos desde un punto de vista progresista a una buena parte de la política y de la vida intelectual en Israel. La realidad es muy diferente. Los intelectuales de la izquierda sionista juegan un papel fundamental en el mantenimiento de la opresión y la exclusión de las poblaciones árabes de Palestina. Una mirada al período comprendido entre el colapso de las negociaciones de Camp David a finales de julio de 2000, pasando por el estallido de la segunda Intifada en octubre, hasta las elecciones en Israel de febrero de este año, nos permite una representación gráfica de esta función.

El punto de partida de la izquierda sionista era la premisa de que había una única contradicción central en las políticas de Israel –la rivalidad entre los laboristas y el Likud, o la oposición entre guerra y paz–. Sus intelectuales albergaban la expectativa de que los palestinos aceptaran esta presunción y ayudaran «al bien a vencer al mal». En el año 2000, esto se traducía en ayudar a Ehud Barak a derrotar a Ariel Sharon. En esta única elección se resumía todo. En un lenguaje un poco más teórico: la suma de las contradicciones que hay «entre nosotros» es la única totalidad, todo lo demás es secundario e insignificante; por lo tanto, la contradicción central en nuestras vidas también tiene que serlo en las suyas.

Esta represión de la contradicción entre los intereses palestinos y la ocupación israelí, entre la ocupación y la vida de los palestinos bajo la misma, ha sido un largo proceso que culminó en los Acuerdos de Oslo, pero que ha continuado desde entonces con la transformación de Meretz¹,

¹ Meretz: partido político fundado en 1992, en realidad es una alianza encuadrada en el bloque de las izquierdas del partido laborista. Igual que éste, es sionista y laico. Ha apoyado explícitamente la creación de un Estado palestino y la existencia de dos Estados separados; la retirada de los territorios ocupados en 1967 y del Golán a cambio de paz. Defiende que se paralice la construcción de más asentamientos. [N. de la T.]

partido de centro-izquierda, en un simple partido «antirreligioso», y con la desaparición de Shalom Ajshav (Paz Ahora)². Su siguiente etapa fue la «obligación» para la izquierda –e incluso para los palestinos– de ayudar a Ehud Barak a ser reelegido como primer ministro.

El existencialista

¿Cuál era el argumento que utilizaba la izquierda sionista para pretender forzar a los palestinos a tragarse esta contradicción parcial, limitada –la elección entre Barak y Sharon– como si fuera la única que importara? Naturalmente, *realpolitik*. ¿Quién tiene que pagar la factura de este realismo político? Ellos. ¿Quién no tiene que pagar nada por ello? «Nosotros.» Durante el viaje de Barak a Camp David, Menahem Brinker, un conocido profesor de filosofía en la Universidad Hebrea y en la Universidad de Chicago, publicó un artículo en *Ha'aretz*³ donde se dirigía a la izquierda israelí en estos términos: «Barak viene a Camp David con un programa político de grandes repercusiones. Ningún líder israelí anterior ha ofrecido jamás un plan similar a los palestinos. La izquierda no tiene ningún argumento para criticar sus líneas rojas»⁴.

En otras palabras, a la izquierda solo le quedaba aplaudir a Barak por todo lo que estaba dispuesto a «dar» a los palestinos. No todo, por supuesto. Brinker inmediatamente continúa con su explicación: «me interesa la paz sobre el terreno, no simplemente en el papel, y por ello debo entender que hay algunas circunstancias objetivas que imponen ciertos límites a las concesiones de Barak».

Cualquiera que esté familiarizado con el mapa de las propuestas de Barak sabe lo que Brinker tenía en la cabeza cuando decía «ciertos límites»: los falsos regateos de todos aquellos que comercializaban una lista de la compra para los palestinos, que les ofrecía el 90 por 100 de Cisjordania: es decir, el «90 por 100» de lo que quedaría después de que Israel mantuviera su expansión alrededor de Jerusalén, sus carreteras, sus bases militares y sus asentamientos. Para aquellos que llevan años pensando en los palestinos como en una «amenaza demográfica», que calculan con miedo «¿cuántos árabes vivirán entre nosotros?», también es un pensamiento bastante natural reducir su tierra a porcentajes. Lo que es impensable es concebirlas como ciudadanos de su propio país, capaces de viajar de un sitio a otro dentro de él sin pasar innumerables controles (lo que en el mapa

² Shalom Ajshav: organización fundada en 1978 para presionar en favor de un acuerdo con Egipto, vinculada en general con el partido laborista. Muy posteriormente llega a un tímido reconocimiento del derecho palestino a un Estado independiente. [N. de la T.]

³ *Ha'aretz*: uno de los periódicos de mayor tirada en Israel. [N. de la T.]

⁴ «The Ethics of Pragmatics», *Ha'aretz*, 17 de julio de 2000. Menahem Brinker (1935): cabeza representativa del existencialismo en la filosofía israelí.

de Barak se les garantiza para siempre), con el natural amor hacia su tierra, y a la libertad de movimiento dentro de ella.

Brinker, un «viejo experto» de Shalom Ajshav, ya no tiene tiempo para la difícil lucha diaria contra los asentamientos, la única cosa que su movimiento –rico en dinero y reputación por todo el mundo, incluyendo los países árabes, pero muy pobre en activistas– ha hecho los últimos años. El reportaje en *Ha'aretz* continúa:

Brinker aceptó íntegramente las líneas rojas presentadas por Barak antes de partir hacia Camp David. La anexión de las inmediaciones de los asentamientos en los cuales vivirán la mayoría de los colonos de Cisjordania no contradice desde su punto de vista las pequeñas aspiraciones del pueblo palestino y no acaba con sus posibilidades de establecer un Estado palestino viable. Brinker está incluso deseando ir más lejos y concluir que los palestinos también comparten su opinión. «Si estuvieran pensando en Yamit», dice, «no habrían venido a Oslo. Ningún palestino que vino a Oslo comprendió que el precedente de Yamit no se repetiría en Cisjordania»⁵.

Brinker añade, además, un codazo a sus amigos en Shalom Ajshav quienes en los últimos años centran sus luchas, erróneamente, contra los asentamientos:

Nosotros siempre vimos los asentamientos como un obstáculo para la paz, y siempre concentramos la mayor parte de nuestras energías contra ellos. Ahora resulta que los palestinos miran los asentamientos de muy distinta manera. Ellos no los ven como un obstáculo para la paz y no exigen la evacuación de todos los asentamientos.

Nada menos. Brinker no proporciona pruebas, pero el condescendiente periodista continúa:

La última semana, Brinker súbitamente recordó una reunión entre israelíes y palestinos que tuvo lugar hace unos veinte años en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos. La delegación israelí contaba, además de Brinker, con Aryeh Eliav y Matti Peled; del lado palestino estaban, entre otros, los profesores Edward Said y Walid Halidi⁶.

Durante todos estos años, mientras Brinker se oponía a la política de los asentamientos, este hecho olvidado, esta memoria distante de Harvard, descansa en el fondo de su conciencia: «Nosotros, los israelíes, hablába-

⁵ Yamit: asentamiento judío al norte de Sinaí devuelto a Egipto a principios de 1982 tras ser arrasado por las fuerzas de defensa israelíes al retirarse del mismo.

⁶ Dos figuras de la izquierda sionista que iniciaron el diálogo con la OLP en la década de 1970; Matti Peled era un antiguo general de la Fuerzas de Defensa de Israel cuyas críticas hacia las políticas israelíes fueron mucho más lejos que el enfoque de sus asociados.

mos de abandonar a los colonos, y ya entonces había palestinos, como Halidi, que no se daban por vencidos». Después de largas y tortuosas discusiones sobre lo subjetivo y lo objetivo, después de toda la discusión sobre la ventaja de la «paz en el terreno frente a la justicia en el papel», ésta es, en definitiva, la voz palestina: «No se daban por vencidos». ¿Cómo es que no se daban por vencidos? ¿Bajaban la cabeza? ¿Se encogían de hombros? ¿Se lamentaban? Quizá esta memoria tardía tuvo más que ver con el ascenso de Ehud Barak, y la emergencia de una «nueva agenda nacional», de la cual ningún intelectual israelí que se precie podía mantenerse aparte.

«La sociedad decente»

Entrevistado para el mismo artículo de *Ha'aretz*, Avishai Margalit —el escritor favorito de la *New York Review of Books* para asuntos israelíes— también daba la bienvenida, no menos efusivamente, a las acrobacias de Barak⁷. Al igual que Brinker, él también minimizaba cualquier crítica hacia el primer ministro. Había escuchado en ciertos círculos recelos basados en lo precipitado de Camp David y los descartaba desdeñosamente:

El discurso de Barak sobre sus líneas rojas no me molesta lo más mínimo. Es pura retórica, un discurso vacío que no le vinculará. Bajo esas líneas rojas será capaz de incluir en el acuerdo cualquier cosa que quiera... del 75 al 80 por 100 de los colonos pueden quedarse con el 6,5 por 100 de la tierra en los territorios, o también se les puede dejar con el 50 por 100 de la tierra.

No se está hablando de un compromiso entre partes iguales, no se está hablando de «dividir la Tierra de Israel [al 100 por 100] entre dos naciones», sino de una división de los territorios ocupados en 1967 [23 por 100] entre ellas. Margalit continuaba con el tono arrogante de tantos intelectuales del «Peace Camp» en Israel.

La única cuestión que me interesa es si Barak está presentando en la cumbre posiciones recogidas en el acuerdo de Beilin-Abu Mazen⁸. Si es sí, entonces todo va bien. Si de pronto toma posiciones cercanas al plan de Alon, entonces será el culpable del fracaso de la cumbre. Y lo mismo va para Arafat. Si acepta lo que acordó Abu Mazen, todo va bien. Si exige mucho más que esto, lo culparé a él del fracaso.

⁷ Avishai Margalit (1939): profesor de Filosofía en la Universidad Hebrea de Jerusalén; es el editor de *Isaiab Berlin: A Celebration* (1991), y el autor de *The Decent Society* (1996).

⁸ Un acuerdo, en principio secreto, entre la mano derecha de Arafat, Abu Mazen y el político laborista Yossi Beilin, que contenía concesiones territoriales a Israel más allá incluso de los acuerdos de Oslo, incluyendo el reconocimiento palestino del mayor bloque de asentamientos judíos en Cisjordania.

¿Por qué era tan importante para Margalit insistir en que ambos lados debían volver al acuerdo de 1995 entre Beilin y Abu Mazen?

Estamos hablando aquí de dos personas, claramente no marginadas dentro de sus sociedades, que no se sentaron a negociar en condiciones de asedio y que llegaron a un acuerdo. Cualquier acuerdo que sea similar, en términos generales, al de Beilin-Abu Mazen no será, bajo ninguna condición, un acuerdo forzado.

En efecto, en una entrevista dedicada principalmente al repudio de las antiguas posiciones de Shalom Ajshav, que en los últimos años no hicieron prácticamente nada aparte de supervisar la expansión de los asentamientos judíos en los territorios ocupados, Margalit ofrece al «nuevo mapa de paz» iniciado por Ariel Sharon en la década de 1980 el apoyo de Shalom Ajshav, ocultándose detrás de la fórmula de Beilin-Abu Mazen para hablar tranquilamente sobre «dejar a la mayoría de los colonos donde están». Particularmente odioso fue el empeño en legitimar la desposesión y la anexión de territorios pretendiendo que fue consentida por aquellos que la sufrieron. «Estamos hablando aquí de dos personas, claramente no marginadas dentro de sus sociedades, que no se sentaron a negociar en condiciones de asedio»⁹. Probemos a decir esto a la población marginada que constituye una gran parte de la sociedad palestina, los campesinos sin raíces, los parados, los jóvenes en los campos de cuclillas ante las fuerzas de defensa israelíes. Por supuesto Margalit no era el único que mantenía esta posición. Tenía un espíritu afín dentro del gabinete: el profesor Yuli Tamir, el portavoz del gobierno durante Camp David y los asesinatos que siguieron, filósofo y autor de diversos ensayos sobre multiculturalismo donde incluso se ha defendido el derecho de las minorías de circuncidar a las mujeres. Éstos son los dos protegidos israelíes más prominentes de Isaiah Berlin. Ambos, Margalit y Tamir llegaron al corazón del asunto, eligiendo en el momento crucial el lado del poder, negando o suplantando el derecho de los palestinos a tener su propia voz.

Más adelante, poco después del colapso de las conversaciones orquestadas por Clinton en Camp David, Margalit publicó un artículo en la *New York Review of Books* en el cual manifestaba:

Los cien años de conflicto, como Ehud Barak lo describe, se reducen en Camp David a su núcleo. De acuerdo a informes fidedignos, el núcleo ahora no se refiere ni a los refugiados palestinos, ni a los asentamientos judíos. No implica las cuestiones de seguridad o del agua. Es Jerusalén¹⁰.

Una lectura atenta de la versión oficial israelí de las negociaciones revela hasta qué punto Margalit estaba repitiendo fielmente la cínica lógica del

⁹ Nótese la hipocresía patente en la repetición de negaciones.

¹⁰ «The Odds against Barak», *New York Review of Books*, 21 de septiembre de 2000.

sionismo de los últimos tiempos. Por supuesto, contaba con información interna de organizaciones de apoyo como Shalom Ajshav, donde él mismo jugaba un papel activo. El mensaje es: démosles símbolos, a cambio de los territorios anexionados, las carreteras y las fuentes de agua. La idea subyacente a este cinismo podría resumirse de la siguiente manera: Israel es demasiado débil como para desplazar a sus propios colonos, pero también es lo suficientemente fuerte como para alimentar un largo conflicto con los campesinos alrededor de los asentamientos, que son comunidades urbanas cuyo tamaño sigue aumentando. En otras palabras, uno de los mayores logros de Barak fue cambiar completamente las prioridades del «campo de paz». La premisa ahora es que los asentamientos en general no se deberían dismantelar.

El Orwell sionista

En los meses que precedieron a Camp David, uno de los objetivos centrales de Barak fue unir a la oposición occidental en contra de la declaración palestina de crear la entidad estatal que Arafat había prometido a su pueblo para septiembre del año 2000. Esta tarea no era muy costosa, si bien se jactó más que ninguna otra vez de su hazaña al lograrlo, de la misma manera que más tarde se jactaría de su imposición de la misma conferencia de Camp David a Arafat (la imagen simbólica de Barak empujando a Arafat por una entrada a un edificio cerrado, frente a las cámaras de televisión de todo el mundo, permanece fijada en el folclore palestino). Nada de esto importaba al coro de aduladores que de pronto descubrieron a un heroico pacificador en su nuevo mandatario. En términos generales, desde los acuerdos de Oslo, el imaginario de la izquierda pacificadora en Israel ha estado vacío de palestinos. «Ellos están ahí y nosotros aquí» (como el propio eslogan de Barak repite interminablemente). El hecho de que el «ahí» esté controlado y gobernado por el «aquí» era neutralizado e ignorado por la mentira del «final del conflicto». Durante un tiempo Netanyahu perturbó esta tranquilidad, dando al entusiasmo concedido a Barak un deje histérico. Ninguna figura de la vida pública de Israel saludó más efusivamente a éste que el novelista Amos Oz, aclamado en *Newsweek* como «el Orwell sionista»¹¹. El 11 de julio, en un artículo titulado «El cirujano jefe debe terminar con el derramamiento de sangre», explicaba así a los lectores británicos de *The Guardian*:

Hay un parecido fascinante entre estos días y los momentos decisivos del nacimiento de la nación israelí: noviembre de 1947... y mayo de 1948... Ehud Barak se enfrenta a un cambio de la talla de Ben Gurion; y parece enfrentarse a este reto con su mismo coraje.

¹¹ Amos Oz (1939): sirvió en el cuerpo de tanques en 1967 y 1973; novelista y profesor en la Universidad Ben Gurion.

En tres o cuatro meses, Barak se había convertido en una figura de una estatura moral leonina. Uno debería tener presente que Barak no liberó ni un solo prisionero palestino durante los ocho meses que duró su mandato como primer ministro; ni dismanteló un solo asentamiento. Por el contrario, durante su corta carrera se produjo la expansión más importante de los asentamientos desde que se firmaron los acuerdos de Oslo. Las críticas a las maniobras de Barak fueron ignoradas como si nunca se hubieran producido. En plena efervescencia, Oz proseguía de este modo característico:

Tendríamos que salir a la calle ahora para mostrar al país y al mundo que millones de israelíes acompañan a su primer ministro con entusiasmo, apoyo y los mejores deseos para el éxito... Adelante Ehud Barak, ve a Camp David. Ve con valentía, cautela, buen juicio, clarividencia, empatía hacia los otros, y con tu agudo sentido de la realidad. Vaya a Camp David como un cirujano se dirige a la sala de operaciones; la sala en la que se decidirá el futuro tanto de Palestina como de Israel.

Si ya es bastante típico de *The Guardian* publicar tales basuras, lo peor estaba por venir. Dos semanas después, el «proceso de paz» había fracasado, y una vez más invitó a Oz a explicar a sus lectores el porqué. Aquí está lo que escribió el 25 de julio de 2000, cuando debería haber quedado claro que el artículo que había publicado catorce días antes sólo había tenido algo de valor para los pocos consumidores de pescado frito con patatas que quedan en el lluvioso Londres:

Ehud Barak avanzó mucho camino hacia los palestinos, incluso antes del comienzo de la cumbre en Camp David; llegó más lejos de lo que ninguno de sus predecesores soñó jamás que llegaría; probablemente más lejos de lo que llegue ningún otro primer ministro israelí. En el camino hacia Camp David, la postura defendida por Barak era tan conciliadora que le hizo perder su mayoría en el parlamento, su coalición en el gobierno, incluso algunos de sus distritos electorales. A pesar de todo, mientras se desprendía en el camino de las alas, el fuselaje y la cola, siguió adelante como una cabina voladora, siguió adelante. Parece que Yasser Arafat no tomó un camino tan solitario ni avanzó tanto hacia los israelíes. Quizá no pudo, o le faltó la entrega sin condiciones a la causa de la paz¹².

Respecto a todo lo que atañe a la propaganda israelí, Arafat era sencillamente menos pacífico que Barak. Los palestinos y su situación podrían igualmente no existir. Lo que acabamos de leer se escribió para lectores británicos, donde se esperaba algo poético, ni demasiado airado, ni demasiado antiárabe. Tres días después, el 28 de julio, Oz comentaba los

¹² «Even if Camp David fails, this Conflicts is on its Last Legs», *The Guardian*, 25 de julio de 2000.

mismos acontecimientos para el *New York Times*, en un artículo cuyo título «La sombra de Saladino» transmite, convenientemente, el sabor de su mundo literario. Aquí, al escribir para lectores estadounidenses en una ciudad con una gran población judía, ajustó la visión con el objetivo calculado del propagandista profesional. El estilo es lo más *kitsch* del Bronx:

Estoy sentado en el cuarto de estar enfrente de la televisión, viendo cómo Yasser Arafat recibe la bienvenida en Gaza de un héroe triunfante, y todo por haber dicho no a la paz con Israel. Toda la franja de Gaza está cubierta de banderas y pancartas aclamándole como «Saladino de Palestina»... Me rompe el corazón.

Después de describir el funesto regreso del beligerante, el melodrama torna hacia el mismo Oz, su corazón roto en su cuarto de estar, frente a la franja de Gaza cubierta con pancartas. ¿Veía los asentamientos de Gush Katif, de Netzarim y de Kfar Darom, vio los campos de refugiados? No. Se veía a sí mismo:

Ya en 1967 yo era uno de los pocos israelíes que invocaba la solución de dos Estados vecinos, con Jerusalén como la capital de ambos, el reconocimiento recíproco y la aceptación mutua. Desde entonces, durante muchos años, mi propio pueblo me trató como a un traidor. Mis hijos, en la escuela, sufrieron todo tipo de insultos, acusados de ser los hijos de alguien que estaba dispuesto a vender su patria.

En realidad, Amos Oz no ha sufrido nunca por sus opiniones. Ha sido siempre un hijo predilecto del *establishment* israelí, no menos que del ejército. Pero ahora el melodrama coge velocidad, de la víctima pasiva del momento al héroe activo, el salvador: «y después de todos aquellos años difíciles, el primer ministro Ehud Barak fue a Camp David para ofrecer la solución que yo planteaba desde hace treinta años». Con lo que la víctima no estaba desamparada y, de hecho, hace ver que ha sido un apreciado consejero por la paz. Al recordar los viejos tiempos, anteriores a la gran transformación de Israel, que le hizo pasar de ser un Estado que perseguía a los palestinos a estar implicado en la paz, ahora Oz se cuenta de hecho a sí mismo como parte de la moral mayoritaria:

Me detengo para reflexionar. Recuerdo cómo en los viejos tiempos todo el conjunto de activistas por la paz en Israel habría cabido en una simple cabina de teléfonos. Literalmente, podíamos contarnos a nosotros mismos con los dedos de una mano, una pequeñísima minoría entre las minorías. Hoy todo ha cambiado. Más de la mitad de la nación está con nosotros.

Pero si bien estas noticias sirven para tranquilizar a los lectores del *New York Times*, todavía tienen que enfrentarse a la otra cara de la nueva situación: las tercas y escandalosas demandas de los palestinos que amenazan la existencia misma del propio Israel:

Aun así los palestinos dijeron no. Insistieron en su «derecho de retorno», cuando todos sabemos muy bien que, en este contexto, «derecho de retorno» es un eufemismo árabe para la liquidación de Israel. El señor Arafat no insiste meramente en el derecho al Estado palestino, un derecho que yo apoyo plenamente. Ahora reclama el regreso de los exiliados palestinos no solo a Palestina, sino también a Israel, desestabilizando así la balanza demográfica y al final convirtiendo a Israel en el vigésimo sexto país árabe. Después de todo hay millones de alemanes que no regresarán nunca a sus antiguos hogares en Polonia, a Prusia oriental o a los Sudetes. Los palestinos tienen derecho a su propia Palestina libre e independiente. Pero si también quieren tener Israel, deberían saber que me encontrarán preparado para defender mi país: un viejo activista por la paz preparado para luchar por la supervivencia de Israel. Creo que es la última oportunidad: los palestinos deben escoger si quieren un nuevo Saladino, o realmente trabajar por la paz.

Oz no se digna a argumentar contra la posición palestina. En lugar de hacerlo les dice que son como los alemanes, y que deberían sentirse felices con lo que se les ofrece. Cualquier otra cosa se coloca del lado de la «liquidación de Israel». Ni una palabra sobre los temas del agua, de los asentamientos, ni sobre Jerusalén, una ciudad donde la expansión judía ahora alcanza virtualmente el Mar Muerto. Nunca se le pasó por la mente preguntar cómo se siente hoy un palestino. Si se roba su agua, ¿no están sedientos? Si se confisca su tierra, ¿no están hambrientos? Si están apasionados en sus pueblos y ciudades, ¿no se asfixian? Si en su camino al trabajo son continuamente molestados por tres o cuatro controles diarios, ¿no desearán matar?

El desfile de mentiras sobre la generosidad de Barak no acaba con Camp David. Claramente la tensión se estaba incrementando en Jerusalén, alrededor de los asentamientos, en Cisjordania, antes de que la visita de Sharon a la Explanada del Templo provocara el enfrentamiento. Las fuerzas de defensa israelíes eran conscientes de la probabilidad de una nueva Intifada, y sus planes de contingencia para enfrentarse a ella eran de dominio público. Quienes se preocuparon por saber, supieron. Los planes se difundían en innumerables comunicados militares, incluso se discutían por radio y televisión donde continuamente se hablaba de tanques, donde continuamente se hablaba de misiles, helicópteros; y se prometía «un nivel reducido de bajas [judías]».

«La izquierda conmocionada»

Dos meses después de que estallara la segunda Intifada, el número de palestinos muertos alcanzaba ya la mitad de las bajas sufridas por Israel en su tres primeros años en el Líbano, aparte de los miles de heridos y los cientos de seriamente mutilados. Muchos de aquellos asesinados no eran más que niños o jóvenes; sin embargo, los intelectuales de la izquierda

sionista se obstinaron en mantener el silencio. Las muertes palestinas no cuentan. Si esta matanza hubiera ocurrido cuando Netanyahu estaba en el poder, la indiferencia de la izquierda sionista se hubiera evaporado inmediatamente, y oiríamos un discurso completamente distinto, incluso sentimental en ocasiones, lleno de «auténtica» pasión. Por ejemplo, en los dos días de enfrentamientos que sucedieron a la apertura del túnel El Muro Occidental en septiembre de 1996, 16 israelíes y más de 80 palestinos fueron asesinados. Pero la izquierda sionista apuntaba su dedo acusador solamente hacia Netanyahu y de ninguna manera hacia Arafat. Con Barak en el poder todo cambió.

Cuando el número de bajas ya era bastante alto, y los asesinatos se extendieron a palestinos dentro de Israel, la revista *Ha'aretz* publicó el 20 de octubre un análisis de la «izquierda conmocionada». No hace falta decir que no se entrevistaba a ningún activista de los cientos (incluidas importantes figuras académicas, jefes de departamentos universitarios, etc.) que realmente trabajaban sobre el terreno, movilizados en reuniones y manifestaciones. Pero sí que encontraba espacio para A. B. Yehoshua¹³, quien explicaba lo que los líderes palestinos «nos» habían decepcionado:

La reacción y la decepción son comprensibles. Nos sentamos con Arafat, la oferta de Barak era generosa y entonces [Arafat] destrozó todo en pedazos, pensaba que por medio de la violencia y la presión internacional podría conseguir más. Ésta es la causa de la decepción. Y comete un gran error, porque no se estaba enfrentando ni a Sharon ni a Netanyahu, sino a Barak con un amplio consenso para cerrar un acuerdo.

Una acción tan destructiva como ésta sólo podría compararse con otra: «admito que no entendía qué es lo que quería Arafat. Pero el pueblo yugoslavo también siguió a Milosevic, luchó a su lado, y ahora él se ha ido». Por supuesto, Milosevic fue acusado de limpieza étnica: la expulsión de un pueblo de su tierra por la fuerza. ¿A quién se está comparando aquí con los ejecutores de este crimen? Naturalmente a los palestinos.

Por su parte, Dan Miron, decano de la especialidad de literatura hebrea, estaba completamente seguro de que podía concretar la «voluntad de los palestinos», o lo que la voz palestina «realmente» decía¹⁴. Después de extenderse sobre la buena voluntad de Israel de devolver todo, aparte de unos pocos «intereses vitales», así es como lo exponía:

La autoridad palestina ha decidido que asegurará la evacuación de los territorios y el establecimiento de un Estado palestino sin un acuerdo con

¹³ Abraham Yehoshua (1936): sirvió en los paracaidistas; escritor y profesor de Literatura en la Universidad de Haifa; «Israel's best living novelist» (*Comentary*).

¹⁴ Dan Miron: (1934): profesor de Literatura Hebrea en la Universidad de Jerusalén y en la de Columbia; es autor de *A Traveller Disguised* (1973).

Israel. La evacuación se realizará como ocurrió en el Líbano, mediante el uso de la violencia y la presión internacional. Las piedras, los tiroteos, el mundo mediático, las comisiones de investigación y las fuerzas de la ONU crearán una realidad que privará a Israel de los territorios, sin paz y sin que se limen las disputas sobre sus nuevas demandas: todo el Jerusalén «árabe» anterior a 1967, el derecho de retorno y demás¹⁵.

¿Alguna prueba de este fantasma? Miron no proporciona ninguna. Su descripción de los palestinos está demasiado libre de controles, de restricciones de movimiento, de asentamientos, de sed, o de la completa devastación de la infraestructura pública. En 34 años de ocupación, el Estado judío no ha construido ni un solo hospital, no se han comprado autobuses nuevos, ni se han instalado nuevos canales de agua. No se da ninguna razón de por qué masas de jóvenes deberían estar dispuestos a salir y enfrentarse a los francotiradores del ejército israelí. Miron solo temía una cosa: la expansión de la Jerusalén árabe y el derecho de retorno. La resistencia a estos peligros, le lleva justificar la guerra sosteniendo que Israel estaba luchando ahora su guerra más justa desde 1967:

Por ello la respuesta de Israel era inevitable. Los soldados de las fuerzas de defensa israelíes se ven obligados a disparar (pelotas de goma) porque Israel puede evacuar los territorios sólo en el marco de un acuerdo de paz global. En términos objetivos, los jóvenes palestinos, ya sea porque se les incite o porque estén desesperados, están llevando a cabo una política deliberada que pretende crear un Estado palestino sin haber hecho las paces con Israel y sin renunciar a sus demandas sobre él. Israel debe utilizar la fuerza para evitar la consecución de esta política.

¿Que es lo que lleva a un académico como Miron a mentir en la prensa amarilla israelí, contando al lector (entre paréntesis) que los soldados están disparando sólo «pelotas de goma», cuando incluso la prensa estadounidense las llama «pelotas de goma cubiertas de metal» [*rubber-coated metal bullets*]? ¿Qué es lo que provoca que una figura como él nos envíe palabras transatlánticas de aliento en una guerra como ésta? ¿Qué le obliga a afirmar que «no hay más elección, debemos matar jóvenes porque quieren un Estado que reclama Israel»? La respuesta es: pánico ante la perspectiva de un hundimiento del actual orden, en el que los israelíes gestionan la agenda tanto para los judíos como para los árabes.

Aparece la petición de los escritores

Entonces, el 17 de noviembre –después de que la propaganda israelí hubiera terminado de preparar a la opinión pública internacional, des-

¹⁵ «What is the Struggle about?», *Yedioth Ahronot*, 24 de octubre de 2000.

pués de más de 200 bajas palestinas, después de que la política de Barak empezara a tener las manos manchadas de sangre también de israelíes, y después de haber conseguido mantener el silencio sobre todos los crímenes cometidos por las Fuerzas de Defensa de Israel—, llega una petición firmada por intelectuales de la izquierda sionista: un gran anuncio en la prensa, financiado por una fuente sin identificar, redactado en una tortuosa prosa política. Y en su clímax, una llamada al desmantelamiento de los asentamientos con las siguientes afirmaciones fácticas:

El gobierno de Barak no ha desmantelado ni uno solo de los asentamientos. Ha invertido incluso más en impulsarlos y desarrollarlos que el gobierno de Netanyahu... *Dejar los asentamientos* en su lugar y extenderlos impide cualquier posibilidad de dibujar una frontera sensata entre Israel y *Palestina*. *De hecho, significa que el conflicto continuará para siempre*¹⁶.

La petición estaba firmada por muchos escritores que no habían hecho ni una sola declaración pública desde que los palestinos empezaran a ser masacrados y, por supuesto, por aquellos como A. B. Yehoshua y Amos Oz que habrían hecho mejor en mantener sus bocas cerradas. De pronto se había movido la foto. ¿Por qué? ¿Qué había ocurrido?

Tras dos meses y medio de represión, este salón literario móvil venía a decir lo que se debería haber dicho antes de Camp David, antes de los muertos, los heridos, los mutilados. Si esta escena no me fuera tan familiar desde los primeros días de la guerra del Líbano no me estaría molestando con este artículo. La petición de los escritores publicada en aquel momento tuvo muy poco impacto. Los votantes de Meretz, los «moderados» que son la principal audiencia de la clase de artículos que han sido citados aquí, y de la televisión y las entrevistas por la radio que no se han citado, se habían esfumado. El anuncio no era el procedimiento adecuado para detener los asesinatos, llegaba en medio de una avalancha de peticiones y anuncios que le precedieron, y demasiado tarde como para detener el carnaval de carnicerías perpetradas, incluso si hubiera obedecido a un verdadero deseo de sus autores por admitir que se habían equivocado (¿pero cuál de ellos no se había equivocado nunca?). El anuncio no negaba nada de lo que pudieran haber dicho anteriormente ninguno de los firmantes. «Todos nosotros» dijimos que Barak quería una paz generosa en Camp David y que Arafat era el culpable de su fracaso. «Todos nosotros» dijimos que a los palestinos se les ofreció todo. «Todos nosotros» dijimos que ellos no entendían lo que perdían. Y ahora, de pronto, sin ninguna razón aparente, «todos nosotros» decimos que Barak invirtió en los asentamientos incluso más que Netanyahu. ¿También dijimos lo contrario? ¿Y qué? Ésta es la razón por la que siempre formamos un bloque.

¹⁶ «Stop the Deterioration», *Ha'aretz*, 17 de noviembre del 2001; en cursiva en el original.

¿Por qué no supieron antes esto? Porque no se preocuparon antes de saberlo. ¿Por qué no se preocuparon antes de saberlo? Porque los palestinos y sus infernales vidas nunca les preocuparon. Porque ellos están contra las ocupaciones, pero si no llaman a las nuestras por su nombre, no será ocupación, sino más bien parte de un «proceso de paz», algo acorde con la línea editorial de la BBC y el *New York Times*. Por supuesto, si Amos Oz cree en lo que escribió en *The Guardian* y en el *New York Times*, ¿cómo pudo firmar una petición como la del 17 de noviembre de 2000? Y si los hechos que aparecen en la petición que firma son exactos, ¿cómo pudo escribir aquellos artículos?

En todo caso, no debemos engañarnos acerca del anuncio. Su párrafo final insiste en «invitar a los líderes palestinos a anunciar su disposición a solucionar el conflicto sin el uso de violencia». No os confundáis. Ésta es la frase que legitima las acciones del ejército, los pueblos asediados, los tanques aparcados en las afueras de las ciudades, los tiroteos diarios a los manifestantes, los secuestros, los asesinatos. Aquí están las palabras que proporcionan una coartada para nuestros crímenes. La ocupación no es violenta. Ellos son los violentos y el ejército hace lo que hace en respuesta a su violencia. Éste es el significado real de la posición expresada en el anuncio. El destino de los asentamientos no depende de nosotros, y en todo caso, no es eso lo importante. Nunca negaremos el legítimo papel del ejército israelí para procesar, juzgar y ejecutar. Éste es el espíritu de lucha en el que hemos crecido.

Ningún discurso arrogante e insolente del tipo de los de Amos Oz, ni del estilo cuidadosamente redactado de Brinker como si trabajara para los archivos de la historia financiados por el Estado, habría conseguido que una conciencia de los crímenes cometidos contra los palestinos se hubiera convertido en parte del credo de la izquierda israelí. Ningún movimiento por la paz invitaría a estas personas a hablar en su nombre si en algún momento la izquierda judía hubiera hecho el esfuerzo necesario para desvincularse del pasado colonial del Estado, para ver qué se había hecho y denunciarlo, para declarar que no estamos comprometidos con esta herencia, que nos ha llevado al punto donde nos encontramos en la actualidad. Ésta es, de hecho, la línea divisoria entre quienes se opusieron a la guerra actual desde el primer día (la izquierda no sionista) y aquellos que estaban «conmocionados» pero que «tocaron las trompetas» y la apoyaron (la izquierda sionista).

En la infame entrevista concedida a *Ha'aretz*, Brinker dijo:

Israel no puede, bajo ninguna circunstancia, aceptar las exigencias palestinas relativas a la responsabilidad legal y moral por la salida de los refugiados. Lo que los palestinos demandan es una cuestión para los historiadores, no para los políticos. ¿Qué quieren? ¿Que las negociaciones políticas determinen cuántos palestinos fueron expulsados por Israel y cuántos se fueron por su libre voluntad, pensando en volver con los ejércitos árabes victoriosos? Ésta es una cuestión para Benny Morris, no para Ehud Barak.

Todo el racismo de los intelectuales sionistas se resume en este corto pasaje. Los campos de refugiados en Cisjordania, o en el Líbano, no son un asunto político. Son material para la investigación especializada. Pero ¿quién tendrá que arreglárselas con este tema, los políticos o los historiadores? Y por cierto, ¿quiénes serán los historiadores? Por supuesto, un judío, como se sostiene en este texto: «Ésta es una cuestión para Benny Morris, no para Ehud Barak». La cuestión siempre permanece en manos de los judíos. La voz palestina no existe, ni siquiera a la hora de examinar la cuestión histórica.